

este sexto Diálogo, y lo acaba el séptimo, que sin ninguna duda es de grandísima importancia, y el todo para salir con tan rica empresa, la cual alcanzada, queda por saber qué ejercicios han de ser los del que ya descubrió y posee este reino; con qué leyes ha de vivir; cómo se ha de haber sobre sí, debajo de sí, fuera de sí y dentro de sí (que estos son los manantiales y salidas que puede hacer el alma). Lo primero y segundo enseña el octavo Diálogo; lo tercero el nono; lo cuarto el último, que es la llave de todo el bien tras que andamos. Otras muchas cosas se ofrecían que poder tratar en esta conquista; mas por no hacer volumen que espantase á los lectores, sino libro tan pequeño que le pudiesen traer en la mano, sin pesadumbre, las dejé como poco necesarias, porque á la verdad he trabajado en que de las que lo son para ser uno perfecto contemplativo ninguna faltase. Recibe á lo ménos mis buenos deseos, cristiano lector, si mis trabajos no te contentaren; y si te fueren de gusto y te aprovecharas de ellos, desde ahora doy gracias á mi Señor Dios, que quiso y ordenó que fuese yo el instrumento de tu aprovechamiento y espiritual consolación. Y á tí te pido ruegos por mí á ese mismo Señor, con esperanza de que si la vida se nos prestase por más tiempo, te haré otros servicios de tanta ó de mayor utilidad. Vale.



DIÁLOGO PRIMERO.

DE LA VIDA INTERIOR Y CENTRO DEL ALMA Ó REINO DE DIOS:
DE LA HARMONÍA DEL HOMBRE Y DE LA VERDADERA INTE-
LIGENCIA DEL MANDAMIENTO DEL AMOR.

DISCÍPULO Y MAESTRO.

§ I.

DISCÍPULO. Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtud: porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos. En el estado secular fueron éstos, de entrar en Religión, donde Dios mucho se sirviese y mi alma se aprovechara. Oyólos Su Majestad, por su misericordia infinita, como suele oír los de sus pobres, é hizome uno de ellos en la profesión. Y aunque me confieso al presente falto de obras, no

lo estoy de aquellos antiguos deseos, y otros de nuevo; y el mayor de todos es ser en lo de dentro lo que en lo de fuera parezco: porque me avergüenzo y confundo mucho de que me juzgue el mundo por perfecto y santo, siendo en los ojos de Dios tal, que hay más de que tener de mí mancilla que envidia. ¿Y cuántos desearon como yo y lo que yo, que prevenidos con la repentina y no pensada muerte, arden y arderán para siempre en el infierno? ¿Y por qué no temerá otro tanto el que, las manos cogidas en el seno, se consume y acaba la vida deseando? Verdaderamente, yo debo ser aquel desdichado de quien dijo Salomón: «Quiere y no quiere el perezoso». Y digo desdichado, porque de querer y no querer se forma y cuaja un *querría*, tan lejos de efectuarse lo que se desea, cuanto cerca del castigo de los tibios, que es estarlos Dios lanzando de su estómago y trocándolos por vómito. Este es el estado que llamaron los Santos de insensibilidad: en que ni la consideración del cielo deleita, ni la del infierno atemoriza, ni los beneficios despiertan, ni se sienten las heridas... Pero, Dios de mi alma, ¿qué veo? ¿Es, por ventura, el que allí viene mi Maestro? Él es, sin duda alguna, y no me pesa de ello. Holgaríame, empero, de que no me hubiese oído.

MAESTRO. Dios te salve, Deseoso.

DISCÍPULO. El mismo sea tu salud perdurable.

MAESTRO. ¿Qué soliloquios han sido estos que contigo y á tus solas has tenido toda la tarde? Huélgome de verte tan deseoso de tu aprovechamiento espiritual, y que se entienda que no acaso, sino por inspiración divina y orden del cielo, se te puso el nombre que tienes. Porque, bien mirado, gran parte de la salud está en el deseirla. El Profeta santo decía: «Deseó mi ánima desear tus justificaciones en todo tiempo». Á Daniel le intitula el Angel, Varón de Deseos. Las oraciones jaculatorias, que, como dicen los Santos, penetran los cielos, también son deseos. La Iglesia hace fiesta á los que tenía la Virgen preñada de Dios, por verle ya nacido en el mundo y en sus brazos, y éstos celebramos el día de la O; y todas las que se ponen en aquellas siete Antífonas, ántes del nacimiento del Señor, significan los que tenían los padres de que Dios enviase al *Deseado* de las gentes. Si esto es así, como lo es, ¿por qué te desconsuelas, siendo tus deseos tantos y tan buenos?

DISCÍPULO. Porque crecen á una en mí esos deseos santos é imperfecciones sin cuento; mil buenos propósitos y dobladas culpas. Y apenas ha brotado en mi alma un pensamien-

to de salud, cuando la conversación y trato de los amigos lo destierran de ella. Y siguiendo la corriente de los insensibles, que son muchos, sólo en el hábito me conozco religioso, siendo en lo demás hombre del siglo. La profesión que tengo hecha es estrechísima, y yo relajadísimo; ella me pregona muerto al mundo, y yo vivo á sólo el mundo; ella me niega y pone entredicho á todo lo que es carne y sangre, y yo soy hombre carnal, venido debajo del pecado; ella me manda ser pobre, y yo voy huyendo de la pobreza; y al fin, todos los buenos deseos desaparecen en flor, y á cada paso me hallo con hurtos de malas obras en las manos.

MAESTRO. No pases adelante con esa plática, que parece que reina hoy en tí la melancolía. Salgámonos, si quieres, un rato á la huerta.

DISCÍPULO. Salgamos enhorabuena. ¿Tienes, por ventura, alguna cosa que tratar conmigo en puridad?

MAESTRO. Sí tengo, y deséote todo entero; porque lo que quiero enseñarte no admite corazones repartidos, ni hombres distraídos y fuera de sí.

DISCÍPULO. Siempre me has hablado con véras y sin lisonja; pero nunca me preveniste como ahora.

MAESTRO. Nunca habrás oído de mi boca lo que hoy te deseo comunicar.

DISCÍPULO. Parece que vienes enviado de Dios, y á la medida de mi deseo, que ha sido hallar quien me hable al corazón y me enseñe cosas sustanciales, interiores y de espíritu; que lo que comunmente se trata en estos tiempos, aún entre varones insignes y de mucho punto de santidad, lo más es exterior y de muy poca satisfacción para el alma.

MAESTRO. Un pensamiento es el de los dos, sino que yo estoy más enfadado del lenguaje bárbaro que en materia de virtud corre en el mundo, que no tú que naciste ayer; que si bien miras en ello, todo es acudir á componer este hombre exterior y á cumplir con los que lo son, y apenas se halla quien se acuerde del hombre interior y divino. Y deberían advertir los que en esto gastan su tiempo, que el hombre interior compuesto compone y ordena sin pesadumbre ninguna al hombre exterior, y no al contrario. De Platón he leído, que hacía de ordinario esta oración á Dios: *Amice Deus, da mihi ut intus pulcher efficiar: et quæ exterius sunt intimis sint amica*. Amigo Dios, dadme que en lo interior os parezca hermoso, y que lo exterior se conforme y tenga amistad con lo interior.

DISCÍPULO. Devotísima oración es esa ver-

daderamente, y más de pecho cristiano que de filósofo.

MAESTRO. También nos viene aquí muy á pelo y es de más autoridad, lo que el Profeta santo dice del alma esposa de Cristo, en el Salmo 44, el cual, habiendo tratado con galanas metáforas de la hermosura y virtudes del celestial Esposo, de su admirable disposición y gallardía, vuelto á ella le dice: «Toda la gloria de él, á la hija del Rey, es adentro, en las fimbrias doradas y cercada de variedad». Como si dijera: eso que el Esposo tiene por naturaleza, tiene, en su tanto, la esposa por gracia; sino que en ella está de secreto, allá adentro, donde los ojos de Dios lo miran y aprueban; aunque no tan secreto, que deje de dar algunas muestras de fuera; que al fin, los extremos son dorados. Porque si alguna vez se extreman los Santos, es en obras de caridad, entendidas por las orlas ó fimbrias doradas; que en las demas en que se ceban los ojos de los hombres, ningún extremo hacen, porque suelen por la mayor parte ser viciosos. En los Cantares se escribe, que siendo motejada la esposa de morena y desaliñada, no negando el desaliño y moreno, confiesa que con ello anda junta la hermosura de esposa de Jesucristo. «Soy, dice ella, como las tiendas de Cedar y las cortinas de Salomón». En lo de

fuera, negras y de poco lustre; al fin, como expuestas al sol y á las injurias de los tiempos; mas en lo secreto é interior, llenas de grandes riquezas y de suavísimo y precioso olor. Este conviene que en todo lugar sea bueno, como dice San Pablo, pero principalmente debemos oler bien á Dios; que como hay hombres tan lascivos, sensuales y profanos, que por donde quiera que van dejan el suave olor y fragancia del ambar y amizcle, de que andan como embalsamados, y si llegas á contemplarlos de cerca son asquerosos en sus personas, así hallarás muchos que todo su negocio es dar buen olor de virtud y santidad á los hombres, sin acordarse que principalmente le deben á Dios. Enseñanse éstos á torcer la cabeza, componer las manos, modestar y bajar los ojos, encoger los hombros, hablar por compás y en tono devoto, medir los pasos, colgar el rosario con su calavera de la cinta y á otras cosas de esta suerte, y no tratan de componer el hombre interior, ni mortificar las pasiones, ni andar dentro de sí mismos, ni de la vida que esencialmente ha de ser virtuosa.

¡Qué poco caso hacía San Pablo de que el hombre exterior se corrompiese y anduviese desaliñado! Sabía él muy bien, que de su corrupción y descompostura procedía la refor-

mación y ornato del hombre interior. Los que de véras tratan de ser perfectos, imitan á la naturaleza, que, no olvidándose de formar las partes exteriores del animal, lo primero á que acude es á la formación del corazón. El arte y los santos fingidos ó de burla son de una manera, que no se curan de lo interior, sino de sólo lo que se puede ver: del rostro macilento, de llorar donde sean vistos, de suspirar en la iglesia y hacer gestos, cosa que Dios mucho aborrece, y de confesar y comulgar á menudo, por el pundonor y áun por el provecho temporal que se halla ya en estos ejercicios.

§ II.

DISCÍPULO. ¿Luego no es bueno ni se debe hacer eso que reprendes?

MAESTRO. No reprendo el buen ejemplo exterior, ni las obras tales, en las que sólo se busca la gloria de Dios y edificación del prójimo; porque el Señor quiso que fuesen de manera que las vieses los hombres y glorificasen al Padre, que está en los cielos. Lo que reprendo es el detenerse en estas cosas y poner en ellas todo el cuidado, no porque son para gloria de Dios, sino porque son insignias de alguna santidad, á veces tan llenas de in-

tereses propios, que se serviría más Su Majestad de que las dejásemos, que no se sirve de que las hagamos. En Amós están escritas estas temerosas palabras: «Aborrecidas y echadas á mal tengo vuestras fiestas; y esos perfumes y olores que me dáis en vuestras juntas me ofenden y sirven de humo á mis narices. No curéis de quemar animales ni hacerme otros servicios, que no los tengo de mirar ni volver á ellos mis ojos; yo os absuelvo de los votos que me tenéis hechos para que os tenga en mi memoria, porque no me dan gusto. Quitad allá esa confusión de voces y esos motetes de violones, que me atormentáis con ellos». Hasta aquí son palabras de Dios Nuestro Señor, el cual reprueba todos los servicios que se le hacen en su Iglesia, si no llevan vida; si les falta lo esencial, que es el espíritu y la verdad, con que quiere ser servido y adorado. Cesario cuenta, que cantando en una iglesia unos músicos con gran destreza y armonía, un Santo que se halló allí en aquella sazón vió un demonio puesto en lo alto de la capilla mayor, que con la mano izquierda tenía un costal abierto y con la derecha recogía las voces y las metía en él, hasta que le hinchó. Acabado el oficio, los músicos, como tienen de costumbre, comenzaron entre sí á alabar sus motetes y canto de órgano. «¡Qué

linda estuvo la corneta!» decía el uno; otro, «¡qué bien cantó Fulano; qué pasos tan ricos hizo de garganta, etc.» El siervo de Dios, que oyó la plática, llegóse á ellos y les dijo: «Muy bien habéis cantado, supuesto que quedó lleno el costal». Admirados de esto y sabido el por qué lo decía, se confundieron mucho, y se avergozaron de lo que poco ántes se estaban gloriando.

DISCÍPULO. ¿Pues no había otra cosa en que recoger voces tan suaves sino en un costal?

MAESTRO. No; porque las más bien acordadas del mundo, si van sin espíritu, son como paja para el gusto de Dios; y así las manda encerrar en un costal, como se encierra la paja, para las bestias. Y quiero que sepas, que lo mismo que fué de aquellas voces será de todos los ejercicios corporales, si les faltase la vida que Dios pide en ellos.

DISCÍPULO. ¿Y qué vida es esa?

MAESTRO. Oye, no á mí, sino al divino contemplativo Rusbrochio, cuyas palabras, fielmente sacadas, son estas: «No tanto debemos atender á lo que hacemos, cuanto á lo que de verdad somos; porque si fuésemos interiormente, en lo íntimo de nuestras almas buenos, también nuestras obras serían buenas; y si en lo íntimo fuésemos justos y rectos, justas y rectas serían ellas. Muchos ponen

la santidad en el hacer; mas no aciertan, porque, si así se puede decir, no consiste sino en el sér; que por muy santas que parezcan nuestras obras, no santifican en cuanto obras, sino en cuanto nosotros somos santos y ellas salen de interior ó centro santo, tanto tienen de santidad y no más. De manera que el centro santo santifica todo lo que hacemos, ora sea comer, beber, dormir, orar, hablar, macerar la carne con ayunos y otras cosas semejantes, que de suyo no son malas, sino buenas ó naturales; y aquél tiene el íntimo y centro más santo, que tiene mayor amor de Dios en su alma; y sus obras son más calificadas cuanto con mayor pureza mira en ellas la gloria de Dios. Por lo cual debemos trabajar con todo cuidado, por tener bueno y grande este íntimo y centro, y de principiar de él nuestras acciones; porque, sin ninguna duda, en él está constituída la esencia y bienaventuranza del hombre; y las obras que son virtuosas, de allí lo son; porque el ánimo bueno y levantado por amor en Dios, levanta y perfecciona nuestras obras y las hace gratas á Su Majestad». Hasta aquí son palabras de Rusbrochio, que, á mi juicio, lo que en todas ellas quiso decir fué: Que no mira Dios á la cantidad de nuestras obras, ni hace caso de que sean grandes, sino al ánimo de donde salen, el cual las ca-

lifica y acondiciona á sí mismo, y las sube tanto de punto, cuanto él está subido y elevado por amor en Dios, y no más; y así, cuanto este íntimo de nuestra ánima es mayor y más santo, y lo que hacemos sale esencialmente y con actual atención de él, tanto y no más es agradable y acepto á Dios; que eso significó la divina Escritura cuando dijo: «Miró Dios á Abél y á sus dones»; que primero se agradó de la persona que del sacrificio, y tanto tuvo el sacrificio de aceptación, cuanto era acepto el que le ofrecía. Y lo que fué en Abél es en todos los hombres del mundo, cuyas obras, cuanto es de parte de ellos, son aceptadas ó no de Dios en cuanto ellos ó lo son ó no al mismo Dios; que no puede ser que yo sea esencial ó cordialmente bueno, porque tengo en mi alma plantado el amor divino, que es vida de ella y de todo lo que hago, y que no se agrade Dios, y se pague de mis obras, por muy pequeñas que sean, si, como queda dicho, llevan por fin y blanco la gloria y honra suya desnudamente, y sin alguna consideración á provecho y comodidad mía. Ni tampoco, siendo el íntimo malo y leproso, pueden dejar de tener lepra mis obras, y ser por esto no gratas á Dios; que escrito está: «los dones de los malos no los aprueba el Altísimo».

§ III.

DISCÍPULO. ¿Qué llamas íntimo del alma? Que según lo que Rusbrochio ha dicho, debe ser lo principal que hay en nosotros, y á que debemos siempre aspirar.

MAESTRO. Lo que te doy por respuesta es, que hasta que halles dentro de tí ese centro ó íntimo, no habrás sabido qué cosa es vida interior ó esencial, que es lo que yo deseo que sepas y experimentes; porque luégo no hay necesidad de más preceptos, ni documentos en la vida espiritual, porque todos llegan hasta allí; y allí puesta una alma, toma Dios la mano y la enseña por sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le puede venir en esta vida, como lo dijo el Profeta: «Bienaventurado el que tú, Señor, enseñáres y le diéres la inteligencia de tu ley».

DISCÍPULO. Al fin, me dejas con mi ignorancia.

MAESTRO. Por ahora sí; porque mi intento en este rato de conversación no es más que aficionarte á andar dentro de tí mismo y á una vida esencialmente buena, no armada sobre palillos ni sujeta á los ojos de los hombres, sino regulada según el beneplácito de Dios y atenta á su habla interior; que San Gregorio

dice: «El que no se esconde y retrae de las cosas exteriores, no penetra las interiores». Y dice más: que es necesario esconderse para oír, y esconderse después de haber oído; porque el alma apartada de las cosas visibles percibe y contempla las invisibles; y llena de las invisibles, perfectamente desprecia las visibles y oye á hurtadillas las venas de la habla divina; porque conoce delicada y secretamente los modos ocultos de la inspiración suya. Lo cual no puede hacer el que no se habitúa á vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que, propiamente hablando, es el reino de Dios, donde él mora con todas sus riquezas. Y si no me engaño, de este reino se entiende lo que dice Cristo por San Lúcas: «Mi reino dentro de vosotros está»; y éste comparó por San Mateo al tesoro escondido, que el que lo halló lo escondió más, y vendidas todas sus cosas compró el campo en que estaba, para cavar en él más á sus solas y para con mayor libertad gozarle.

DISCÍPULO. ¿Cómo se puede decir con verdad que escondió el tesoro, si estaba escondido?

MAESTRO. Muy poco sabes, si eso ignoras; que claro está que para el dichoso que halló el tesoro, ya que hasta hallarle le estaba es-

condido como á todos, después de hallado manifiesto quedó y patente para él, y secreto para los demas. Y dicese que le escondió para conservarle, y que de todo lo que tenía se desposeyó para gozarle; porque este tan gran bien tiene tanto gusto y consolación para el que le halla, que fácilmente da de mano á todas las cosas que hay de contento en el mundo, y sólo ó solitario entra á cavar y sacar el oro que sólo puede enriquecer las almas y librarlas de toda miseria y pobreza. Mas ¡ay, qué poquitos dan con este tesoro tan oculto! Y no me espanta; que al fin es negocio de gracia, y ninguno por sus fuerzas naturales lo alcanza. Ni aún hallarás entre muchos uno que se persuada de que hay dentro de nosotros tanto bien. El divino Blosio, Rusbrochio, Taulero y otros, dicen que este centro del alma es más intrínseco y de mayor alteza que las tres facultades ó fuerzas superiores de ella, porque es origen y principio de todas. Es de todo en todo simple, esencial y uniforme, y sin él no hay multiplicidad, sino unidad, y en él son una cosa las dichas facultades; conviene á saber: entendimiento ó inteligencia, memoria y voluntad.

DISCÍPULO. Parece que andas por declararme lo que tanto deseo.

MAESTRO. De razón ya lo habías de haber

entendido por lo dicho ; y pues habemos llegado á tal punto, advirtiéndote primero, que es el más alto que hay en la vida espiritual, y de que has de tener memoria para adelante, has de saber, que el íntimo del ánima es la simplicísima esencia de ella, sellada con la imagen de Dios, que algunos santos llamaron centro, otros íntimo, otros ápice del espíritu, otros mente: San Agustín sumo, y los más modernos, la llamaron hondón ; porque es lo más interior y secreto, donde no hay imágenes de cosas criadas, sino, como queda dicho, la de sólo el Criador. Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio; porque nunca llega á este centro ninguna representación de cosa criada, y según él, somos deiformes ó divinos, ó tan semejantes á Dios, que nos llama la sabiduría dioses. Este íntimo, desnudo, raso y sin figura, está elevado sobre todas las cosas criadas y sobre todos los sentidos y fuerzas del ánima, y excede al tiempo y al lugar, y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento á Dios, principio suyo. Cuando este íntimo, al cual la luz eterna y no criada continuamente ilustra y esclarece, se manifiesta y descubre al hombre, en gran manera la aficiona y enternece, como se dice del que halló el tesoro, que por el gozo demasiado que recibió, vendió todas sus cosas y compró el

campo. ¡Oh noble y divino templo, del cual nunca Dios se aparta, á donde la Santísima Trinidad mora, y se gusta la eternidad! Una sola conversión perfecta en este íntimo á Dios, es de mayor importancia que muchos otros ejercicios, así interiores como exteriores, y que puede restaurar diez y más años perdidos. Aquí mana una fuente de agua viva, que da saltos por la vida eterna; y es de tanta virtud y eficacia, y tiene tanta suavidad, que destierra fácilmente toda la amargura de los vicios, y vence y sobrepuja toda la rebeldía, contradicción y resabios de la naturaleza viciosa y mal inclinada. Porque luego que se bebe esta agua de vida, corre por toda la región del cuerpo y del ánima, y da y comunica al cuerpo y al ánima una maravillosa pureza y fecundidad.

§ IV.

DISCÍPULO. Gran cosa es esa verdaderamente, y no debería el hombre aflojar ni cesar de la oración hasta que Dios le concediese beber siquiera un sólo trago de tal agua.

MAESTRO. Una sola gota que bebieses no tendrías más sed de las cosas vanas, ni de las transitorias criaturas, sino tu sed sería de sólo Dios y de su amor; en el cual, cuanto más

crecieres, tanto más aprovecharás en la unión divina; y cuanto más unido y más profundamente metido en Dios, tanto más claramente le conocerás; y así conocido, forzosamente ha de ser con mayor ardor amado, y ese es el blanco de nuestras obras y ejercicios; ahí se ordenan y van á parar todos; porque si te falta este amor, todos tus trabajos, aunque sobrepujen á los que han padecido y padecen todos los hombres del mundo y los demonios, son vanos y de ningún fruto, como largamente lo hallarás escrito en nuestros *Triunfos*. Al fin, tanto tendrás de santidad cuanto de caridad, y no más. Y si te parece que me alargó en esto, oye al gran Padre Agustino, que dice: «Si quieres cumplir con perfección todo lo que explícita ó implícitamente se contiene en las divinas Escrituras, guarda en tu alma la verdadera caridad, que ella es el fin de la Ley y de los Profetas». El Apóstol á su discípulo Timoteo dice: «El fin del precepto es la caridad, de corazón puro, de buena conciencia y de fe no fingida». En las cuales palabras, aunque hay mucho que notar, sólo quiero que adviertas por ahora, que precepto no significa mandamiento especial ó sólo, sino todo lo mandado y ordenado en la ley; lo cual, así como está, se endereza al aumento y conservación de la caridad, que ella es la clave del

edificio espiritual; y si peligrá ella, peligrá todo lo que estriba en ella. Con esto entenderás aquel lugar de Santiago, tan dificultoso: «El que en uno ofendió, en todos quedó culpado».

DISCÍPULO. Nunca yo he hallado cómo esto sea posible: ¿por qué el adúltero ha de ser acusado ó castigado como homicida, ó el ladrón como adúltero?

MAESTRO. La sentencia del Apóstol, superficialmente entendida, no parece que tiene verdad; pero si recurrimos á lo que de la caridad queda dicho, tiénela muy grande, y es muy conforme á razón lo que el Apóstol dice: «Porque si todos los preceptos tienen su dependencia de esta virtud, y ella se extiende á Dios y al prójimo, y por ella son preceptos los que lo son, y ninguno puede obligar contra ella, bien se sigue que faltando en ella, se falta en todos; y en cualquiera que se falte, ella queda agraviada». En un círculo verás esto muy claro, que todas las líneas que se forman del centro á la circunferencia se comunican en el centro; allí se topan y se hacen una cosa. ¿Podríase, por ventura, tocar en este centro sin tocar en las líneas todas?

DISCÍPULO. Parece que no.

MAESTRO. Pues así es en el propósito, que el centro de la Ley y de los Profetas es la ca-

ridad; y los que son preceptos, como ya dije, lo son en ella, van á parar en ella y salen de ella. Luego si se toca en ella y se le hace ofensa, todos la reciben; y á cualquiera que de todos se toque queda ofendida ella y todos agraviados en ella, por ser todos una cosa en ella, como las líneas en el centro, que áun cuando cada una considerada por sí parece diferente de las otras en la circunferencia, como parecen diferentes preceptos no hurtar, no matar, no adular, no jurar, etc., ni lo son en el centro las líneas, ni en la caridad los preceptos; y así queda entendido Santiago, y tú, de buena razón, aficionado á la caridad.

DISCÍPULO. Y mucho verdaderamente, y con deseo grande de saber cómo se ha de amar á Dios con perfección, de manera que alcance yo la que por este camino con tanta brevedad alcanzaron los santos.

MAESTRO. El cómo enseñó aquel piadosísimo Señor que sólo pide en recompensa de lo mucho que le debemos por nosotros y por todas las criaturas, amor. «Amarás, dice, á tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu ánima, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas, y de toda tu virtud».

DISCÍPULO. Esa repetición de palabra, con tan diferentes términos, me confunde mucho; y para entender de raíz ese mandamiento tan

encarecido, había yo menester que se me diese alguna luz de esos nombres, corazón, alma, mente, fuerzas y virtud.

MAESTRO. Mucho quisiera excusar el responderte á eso, porque es de gran dificultad y pide más alto conocimiento que el que yo tengo de las cosas del espíritu. Pero contentarte has con que te diga lo que supiere, que será lo que los santos dicen y la filosofía nos enseña.

DISCÍPULO. No se te puede pedir otra cosa.

MAESTRO. Pues por principio de esta doctrina nota, que en el hombre se consideran tres diferencias de hombres: animal, racional, deiforme ó divino; cada uno de estos hombres tiene una fuerza ó potencia con que conoce ó entiende, y otra con que se inclina á huir ó desear aquello que ya conoció, en cuanto ó le es dañoso ó provechoso. El hombre animal obra y conoce por los cinco sentidos exteriores: vista, oído, olfato, gusto y tacto; y todo lo que por estos sentidos percibe, envía al cerebro, y por ciertas imágenes y fantasías mira allí las cosas y las compone y retiene en la memoria. A esta sensitiva potencia corresponde otra natural apetitiva con que apetece estas cosas exteriores, riquezas, amigos, manjares y otros deleites de este metal, y huye las cosas adversas y que le son contrarias. Este apetito

se llama animal ó sensual , que es fuerza afectiva que se mueve únicamente de la aprensión de los sentidos. Cualquiera que según este hombre vive, vive según la sensualidad, no de otra manera que viven los brutos ; y por esta parte somos sin ninguna nobleza , y estamos sujetos á corrupción y muerte. El segundo hombre, que se dice racional, tiene una cierta potencia, que se llama inteligencia ó razón, cuyo oficio es pesar todas las cosas y mirar cuál es lo bueno y cuál lo malo , cuál lo verdadero y cuál lo falso. Esta saca conclusiones de las premisas y de las cosas que siente , las insensibles, y es potencia que en su operación no usa de órgano corporal , como la pasada; pero corresponde al libre albedrío, que se mueve á abrazar y hacer todo lo que la razón le dicta y enseña. Otros la llaman afecto racional ó apetito de razón. El que en esta potencia se ejercita , hácese rico de sabiduría y de virtud , las cuales tanto más crecen en él, cuanto él más las desea; y cuanto más alcanza de ellas , tanto el deseo de su cumplida posesión es mayor. Esta vida en sí misma es imperfecta , porque siempre le falta algo que es sobre la razón humana; es, al fin, defectuosa, porque fuera de Dios no puede cosa alguna hartar la hambre del ánima racional. El tercer hombre se llama suprema y simple inteli-

gencia , ó mente , y es fuerza cognitiva del ánima, que recibe inmediatamente cierta lumbré natural de Dios; por lo cual se conoce la verdad de los primeros principios , conocidos los términos. A esta simple inteligencia corresponde un suave , agradable y puro amor del ánima , que inmediatamente recibe inclinación al sumo bien , así representado por la simple inteligencia, y naturalmente se mueve á lo bueno. Los que en esta amorosa potencia se ejercitan y tienen familiaridad con Dios, tan alto se levantan algunas veces , que callando por poco tiempo su entendimiento, de sí y de todas las cosas juntamente se olvidan, y son todos tragados de Dios y transformados en él. Rusbrochio llamó vida divina la de este tercer hombre ; porque en ella se contempla atentamente Dios y se une á Él el alma por desnudo amor, y le goza y gusta cuánta sea su dulcedumbre, derrítese y renuévase de continuo en él; y este es el camino del raptó y elevación sobre todas nuestras fuerzas , á un estado donde el mismo Dios nos rige, y el alma sufre su operación y es ilustrada con claridad divina, no de otra manera que estos aires con los rayos del sol, y el hierro con el calor y virtud del fuego. También quiero que sepas, que el ánima del hombre se llama principalmente así, porque vivifica y anima al cuerpo,